

MANUEL
SCORZA



**REDOBLE
POR RANCAS**

Redoble por Rancas es un asombroso despliegue de fantasía, surgida de la realidad y enlazada con ella a la manera de la balada popular. Su autor, el vibrante poeta peruano Manuel Scorza, compone los elementos de la novela —primera de una serie de cinco, a la vez que relato autónomo— a través del prisma de la lejanía y de la simplificación, de la sátira y del patetismo.

En la desolada altoplanicie del Perú, se despliega, voraz, la tragedia: crece mítico el cerco metálico que arrebató las tierras a los campesinos. Intención social, poesía, imaginación, se combinan en este gran libro, escrito con tersa y rica expresividad.

Para Cecilia, siempre.

«Tout sera oublié et rien sera réparé».

MILAN KUNDERA.

NOTICIA

Este libro es la crónica exasperantemente real de una lucha solitaria: la que en los Andes Centrales libraron, entre 1950 y 1962, los hombres de algunas aldeas sólo visibles en las cartas militares de los destacamentos que las arrasaron. Los protagonistas, los crímenes, la traición y la grandeza, casi tienen aquí sus nombres verdaderos.

Héctor Chacón, el Nictálope, se extingue desde hace quince años en el presidio del Sepa, en la selva amazónica. Los puestos de la Guardia Civil rastrean aún el poncho multicolor de Agapito Robles. En Yanacocha busqué, inútilmente, una tarde lívida, la tumba del Niño Remigio. Sobre Fermín Espinoza informará mejor la bala que lo desmoronó sobre un puente del Huallaga.

El doctor Montenegro, juez de Primera Instancia desde hace treinta años, sigue paseándose por la plaza de Yanahuanca. El Coronel Marruecos recibió sus estrellas de General. La «Cerro de Pasco Corporation», por cuyos intereses se fundaron tres nuevos cementerios, arrojó, en su último balance, veinticinco millones de dólares de utilidad. Más que un novelista, el autor es un testigo. Las fotografías que se publicarán en un volumen aparte y las grabaciones magnetofónicas donde constan estas atrocidades, demuestran que los excesos de este libro son desvaídas descripciones de la realidad.

Ciertos hechos y su ubicación cronológica, ciertos nombres, han sido excepcionalmente modificados para proteger a los justos de la justicia.

M. S.

Nueva York, 3 (UP1). Las ganancias de la «Cerro de Pasco Corporation» en los nueve primeros meses de este año aumentaron notablemente. No obstante los altos costos de producción y una huelga de ocho semanas en una compañía subsidiaria de EE. UU., según anunció el Presidente de esa organización, Robert P. Koenig, las utilidades netas en esos nueve meses alcanzaron a 31.173.912 dólares, o sea, 5,32 dólares por acción.

Las ventas en los nueve meses de 1966 totalizaron 296.538.020,00 dólares, contra 242.603.019,00 del año anterior.

(EXPRESSO, Lima, 4 de noviembre de 1966).

1. Donde el zahorí lector oirá hablar de cierta celebérrima moneda

Por la misma esquina de la plaza de Yanahuanca por donde, andando los tiempos, emergería la Guardia de Asalto para fundar el segundo cementerio de Chinche, un húmedo setiembre, el atardecer exhaló un traje negro. El traje, de seis botones, lucía un chaleco surcado por la leontina de oro de un Longines auténtico. Como todos los atardeceres de los últimos treinta años, el traje descendió a la plaza para iniciar los sesenta minutos de su imperturbable paseo.

Hacia las siete de ese friolento crepúsculo, el traje negro se detuvo, consultó el Longines y enfiló hacia un caserón de tres pisos. Mientras el pie izquierdo se demoraba en el aire y el derecho oprimía el segundo de los tres escalones que unen la plaza al sardinel, una moneda de bronce se deslizó del bolsillo izquierdo del pantalón, rodó tintineando y se detuvo en la primera grada. Don Herón de los Ríos, el Alcalde, que hacía rato esperaba lanzar respetuosamente un sombrerazo, gritó: «¡Don Paco, se le ha caído un sol!».

El traje negro no se volvió.

El Alcalde de Yanahuanca, los comerciantes y la chiquillería se aproximaron. Encendida por los finales oros del crepúsculo, la moneda ardía. El Alcalde, oscurecido por una severidad que no pertenecía al anochecer, clavó los ojos en la moneda y levantó el índice: «¡Que nadie la toque!». La noticia se propaló vertiginosamente. Todas las casas de la provincia de Yanahuanca se escalofriaron con la nueva de que el doctor don Francisco Montenegro, Juez de Primera Instancia, había extraviado un sol.

Los amantes del bochinche, los enamorados y los borrachos se desprendieron de las primeras oscuridades para admirarla. «¡Es el sol del doctor!», susurraban exaltados. Al día siguiente, temprano, los comerciantes de la plaza la desgastaron con temerosas miradas. «¡Es el sol del doctor!», se conmovían. Gravemente instruidos por el Director de la Escuela —«No vaya a ser que una imprudencia conduzca a vuestros padres a la cárcel»—, los escolares la admiraron al mediodía: la moneda tomaba sol sobre las mismas desteñidas hojas de eucalipto. Hacia las cuatro, un rapaz de ocho años se atrevió a arañarla con un palito: en esa frontera se detuvo el coraje de la provincia.

Nadie volvió a tocarla durante los doce meses siguientes.

Sosegada la agitación de las primeras semanas, la provincia se acostumbró a convivir con la moneda. Los comerciantes de la plaza, responsables de primera línea, vigilaban con tentaculares miradas a los curiosos. Precaución inútil: el último lameculos de la provincia sabía que apoderarse de esa moneda, teóricamente equivalente a cinco galletas de soda o a un puñado de duraznos, significaría algo peor que un carcelazo. La moneda llegó a ser una atracción. El pueblo se acostumbró a salir de paseo para mirarla. Los enamorados se citaban alrededor de sus fulguraciones.

El único que no se enteró que en la plaza de Yanahuanca existía una moneda destinada a probar la honradez de la altiva provincia fue el doctor Montenegro.

Todos los crepúsculos cumplía veinte vueltas exactas. Todas las tardes repetía los doscientos cincuenta y seis pasos que constituyen la vuelta del polvoriento cuadrado. A las cuatro, la plaza hierve, a las cinco todavía es un lugar público, pero a las seis es un desierto. Ninguna ley prohíbe pasearse a esa hora, pero sea porque el cansancio acomete a los paseantes, sea porque sus estómagos reclaman la cena, a las seis la plaza se deshabita. El medio cuerpo de un hombre achaparrado, tripudo, de pequeños ojos extravia-

dos en un rostro cetrino, emerge a las cinco, al balcón de un caserón de tres pisos de ventanas siempre veladas por una espesa neblina de visillos. Durante sesenta minutos, ese caballero casi desprovisto de labios contempla, absolutamente inmóvil, el desastre del sol. ¿Qué comarcas recorre su imaginación? ¿Enumera sus propiedades? ¿Recuenta sus rebaños? ¿Prepara pesadas condenas? ¿Visita a sus enemigos? ¡Quién sabe! Cincuenta y nueve minutos después de iniciada su entrevista solar, el Magistrado autoriza a su ojo derecho a consultar el Longines, baja la escalera, cruza el portón azul y gravemente enfila hacia la plaza. Ya está deshabitada. Hasta los perros saben que de seis a siete no se ladra allí.

Noventa y siete días después del anochecer en que rodó la moneda del doctor, la cantina de don Glicerio Cisneros vomitó un racimo de borrachos. Mal aconsejado por un aguardiente de culebra Encarnación López se había propuesto apoderarse de aquel mitológico sol. Se tambalearon hacia la plaza. Eran las diez de la noche. Mascullando obscenidades, Encarnación iluminó el sol con su linterna de pilas. Los ebrios seguían sus movimientos imantados. Encarnación recogió la moneda, la calentó en la palma de la mano, se la metió en el bolsillo y se difuminó bajo la luna.

Pasada la resaca, por los labios de yeso de su mujer, Encarnación conoció al día siguiente el bárbaro tamaño de su coraje. Entre puertas que se cerraban presurosas se tratabilló hacia la plaza, lívido como la cera de cincuenta centavos que su mujer encendía ante el Señor de los Milagros. Sólo cuando descubrió que él mismo, sonámbulo, había depositado la moneda en el primer escalón, recuperó el color.

El invierno, las pesadas lluvias, la primavera, el desgarrado otoño y de nuevo la estación de las heladas circunvalaron la moneda. Y se dio el caso de que una provincia cuya desafortada profesión era el abigeato, se laqueó de una imprevista honradez. Todos sabían que en la plaza de Ya-

nahuanca existía una moneda idéntica a cualquier otra circulante, un sol que en el anverso mostraba el árbol de la quina, la llama y el cuerno de la abundancia del escudo de la República y en el reverso exhibía la caución moral del Banco de Reserva del Perú. Pero nadie se atrevía a tocarla. El repentino florecimiento de las buenas costumbres inflamó el orgullo de los viejos. Todas las tardes auscultaban a los niños que volvían de la escuela. «¿Y la moneda del doctor?». «¡Sigue en su sitio!». «Nadie la ha tocado». «Tres arrieros de Pillao la estuvieron admirando». Los ancianos levantaban el índice, con una mezcla de severidad y orgullo: «¡Así debe ser; la gente honrada no necesita candados!».

A pie o a caballo, la celebridad de la moneda recorrió caseríos desparramados en diez leguas. Temerosos que una imprudencia provocara en los pueblos pestes peores que el mal de ojo, los Teniente-gobernadores advirtieron, de casa en casa, que en la plaza de Armas de Yanahuanca envejecía una moneda intocable. ¡No fuera que algún comemierda bajara a la provincia a comprar fósforos y «descubriera» el sol! La fiesta de Santa Rosa, el aniversario de la Batalla de Ayacucho, el Día de los Difuntos, la Santa Navidad, la Misa de Gallo, el Día de los Inocentes, el Año Nuevo, la Pascua de Reyes, los Carnavales, el Miércoles de Ceniza, la Semana Santa, y, de nuevo, el aniversario de la Independencia Nacional sobrevolaron la moneda. Nadie la tocó. No bien llegaban los forasteros, la chiquillería los enloquecía: «¡Cuidado, señores, con la moneda del doctor!». Los fuereños sonreían burlones, pero la borrascosa cara de los comerciantes los enfriaba. Pero un agente viajero, engreído con la representación de una casa mayorista de Huancayo (dicho sea de paso: jamás volvió a recibir una orden de compra en Yanahuanca), preguntó con una sonrisita: «¿Cómo sigue de salud la moneda?». Consagración Mejorada le contestó: «Si usted no vive aquí, mejor que no abra la boca». «Yo vivo en cualquier parte», contestó el bellaco, avanzando. Consagración —que en el nombre llevaba el destino— le trancó la

calle con sus dos metros: «Atrévase a tocarla», tronó. El de la sonrisita se congeló. Consagración, que en el fondo era un cordero, se retiró confuso. En la esquina lo felicitó el Alcalde: «¡Así hay que ser: derecho!». Esa misma noche, en todos los fogones, se supo que Consagración, cuya única hazaña conocida era beberse sin parar una botella de aguardiente, había salvado al pueblo. En esa esquina lo parió la suerte. Porque no bien amaneció los comerciantes de la plaza de Armas, orgullosos de que un yanahuanquino le hubiera parado el macho a un badulaque huancaíno, lo contrataron para descargar, por cien soles mensuales, las mercaderías.

La víspera de la fiesta de Santa Rosa, patrona de la Policía, descubridora de misterios, casi a la misma hora en que, un año antes, la extraviara, los ojos de ratón del doctor Montenegro sorprendieron una moneda. El traje negro se detuvo delante del celeberrimo escalón. Un murmullo escalofrió la plaza. El traje negro recogió el sol y se alejó. Contento de su buena suerte, esa noche reveló en el club: «¡Señores, me he encontrado un sol en la plaza!».

La provincia suspiró.

2. Sobre la universal huida de los animales de la pampa de Junín

El viejo Fortunato se estremeció: el cielo tenía el mismo color de cuervo de la mañana de la universal huida de los animales. Por ese cielo, en una alba desencajada huyeron las bestias. Alguien les avisaría. Gavilanes, cernícalos, chingolos, tordos, gorriones, picaflores se entreveraron en un mismo pánico; olvidando enemistades, los cernícalos volaban en pareja con los gorriones. El azul se plagó de alas aterradas. Abdón Medrano descubrió a las lechuzas salpicadas sobre los techos. Debilitados por el parpadeo de los búhos, los ranqueños avistaron inconcebibles escuadrones de murciélagos, en fuga, ellos también, hacia las tierras libres. Un espesor de alas abyectas susurró sobre los techos del pueblo. Nadie recordaba. ¿Quién podía recordar un éxodo semejante? Alguien les comunicaría. Los animales de la noche desertaban de las penumbras y se precipitaban, llagados por la luz, a los desfiladeros de La Oroya. Rancas se postró mascullando oraciones. Con la cara arañada, de rodillas, con los brazos abiertos, don Teodoro Santiago clamaba: «¡Castigo de Dios, castigo de Dios!». En el centro de un paludismo de dientes, lastimaba el cielo: «¡Castigo de Dios, castigo de Dios!». Hombres y mujeres se abrazaban; prendidos a las faldas de sus madres, sollozaban los niños. Y como si sólo esperaran la emigración de las aves nocturnas, ondularon manchas de patos salvajes, muchedumbre de pájaros desconocidos. La humanidad se arrodillaba, suplicaba, gemía. ¿A quién? Dios volvía su espalda desdeñosa. El cielo crujía a punto de desfondarse. Un trueno de perros

rajó el oriente de la pampa: pastores flacuchentos huían de las aldeas con la lengua fuera. Los caballos se estremecían de náusea; caballos criados desde el pesebre, desconocían la voz de sus dueños, piafaban, pateaban, verdes de sudor. Igual que las vizcachas y las lagartijas, buscaban un camino. Y aún no se desleía el pavor de los cascos cuando una avalancha de ratas flageló el pueblo. Cuyes que sólo recordaban el paraíso de los fogones, se lanzaron lastimosos y ciegos bajo el granizo de los cascos. Y los mismos perros entreverando sus nombres, gemían sordamente entre ovejas que agonizaban con las cabezas volteadas hacia el miedo. Rancas era un sollozo. Al mediodía, fueron los peces. Alguien les advertiría. Ríos y riachuelos ennegrecieron. Las truchas abandonaban las aguas limpias de las alturas, descendían, ahogándose, por los cursos envenenados por los relaves. Saltaban sobre las aguas turbias. Alguien les anunciaría la clausura de las aguas.

Fortunato trotaba sobre la interminable pampa de Junín. En su rostro azuleaba un color que no era fatiga. Hacía dos horas que avanzaba con la boca abierta. Los pies pulverizados reducían el trote, caminaban y se volvían hacia la carretera. En cualquier instante, acaso ahora, la neblina pariría los pesados camiones, los rostros de cuero que pisotearían Rancas. ¿Quién llegaría primero? ¿El convoy que circundaba la lentísima curva o Fortunato, que sudaba sobre los roquedales? Encollarada por millares de animales moribundos, Rancas cabecearía de sopor. ¿Llegaría a tiempo? Y aun si avisaba, ¿cómo se defenderían? ¿Con garrotes? ¿Con hondas? Los otros advertirían justo antes de disparar. Trotaba con la boca abierta, tragándose el cielo apellidado de buitres. Malos presentimientos galopaban tras él. Borrosamente adivinó la pampa. Cada roca, cada charco, cada mata, monótonas, idénticas para los extraños, eran inolvidables para él. Corría, corría, corría. En esa estepa maldecida por los forasteros, odiada por los choferes, en ese páramo donde sólo consuelan dos o tres horas de sol, él, Fortu-

nato, había nacido, crecido, trabajado, maravillado, conquistado y amado. ¿También moriría? Sus ojos abarcaron el continente de ovejas muertas, docenas, cientos, miles de esqueletos limpiados por los buitres. Recordó los nombres de sus animales: *Algodón, Plumita, Flor del Campo, Tana, Banderita, Negro, Coqueta, Trébol, Ocioso, Bribón y Fortunato*, todos confundidos en el hedor de la maldición. «*Tuna, tuna, tunita*». Se rindió sobre el pasto puntiagudo. Todavía no aparecían los camiones. Sus ojos se lastimaron con la tapa de hierro de un cielo negado al clamor. ¿A quién suplicar? El Padre Chasán rechazaba los cien soles que normalmente recibía para impetrar al Divino. Rehusaba la respetuosa insistencia del Personero Rivera. No quería engañarlos. El Padre Chasán miraba al Crucificado con la cabeza gacha. Corría, corría, corría. El Personero Rivera, Abdón Medrano y Fortunato bajaron a Huariaca para suplicar al padrecito que interrumpiera su novena. Suplicaron y suplicaron. El padre vino a la cochambrosa iglesia repleta de pecadores. Rancas aún soñaba que el agua bendita podía salvarla. ¿Quién llegaría primero? ¿Guillermo, el Carnicero, o Fortunato, el Lento? Alguien comunicaría a los animales que el Cerco clausuraba el mundo. Los hombres ya lo sabían. Hacía semanas que el Cerco había nacido en los pajonales de Rancas. Corría, temeroso de ser alcanzado por ese gusano que sobre los humanos poseía una ventaja: no comía, ni dormía, ni se cansaba. Los ranqueños, los yanacochanos, los villapasqueños, los yarusyacanos, supieron, antes que los búhos o las truchas, que el cielo se desfondaría. Pero no podían huir. El Cerco clausuraba los caminos. Sólo podían rezar en las plazas, aterrados. Ya era tarde. Aunque el alambrado no prohibiera los pasos, ¿adónde huirían? Los habitantes de las tierras bajas podían descender a las selvas o remontar las cordilleras. Ellos vivían en el tejado del mundo. Sobre sus sombreros colgaba un cielo hosco a la súplica. Ya no existía escape, ni perdón, ni regreso.